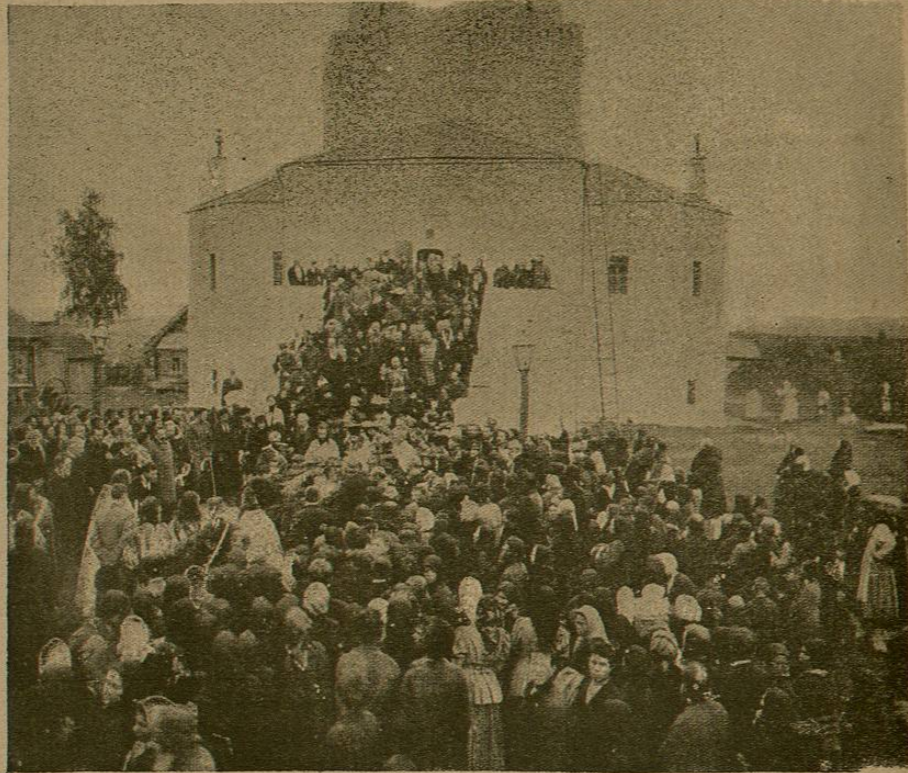


hielos; resalta así mismo la solidaridad y ciega confianza, compañera casi siempre de la victoria, con que desde los comandantes de ejército hasta el último soldado, obedecen y cumplen la consigna recibida, atentos solo à satisfacerla y sin preocuparse de lo que acontece en otros puntos del lugar de la acción; descúbrese también que las enseñanzas de la primera campaña no han sido desaprovechadas por el mariscal Oyama, quien en esta ocasión se ha mostrado à la altura de su difícil y elevado cargo; y, por último, se ve cuán peligroso es guerrear en país hostil, porque el espionaje desplegado



Entierro del general Keller en Riazan

por los habitantes ciega à uno de los ejércitos y encamina y guía al otro.

En lo que atañe à los rusos, hase puesto una vez más de manifiesto la cohesión, nunca bastante ensalzada, ni puesta à tan dura prueba como durante esta espantosa retirada, de las tropas rusas, frente à los errores del alto mando; obsérvase completa ignorancia en el empleo de la caballería, esa arma que se ha cubierto de laureles siempre que se la ha puesto en juego, tanto en el combate, como en la exploración y en las algaras; y nótase la tibieza de las órdenes, la vacilación en dictarlas, y, como consecuencia, la inoportunidad de su ejecución.

Jamás batalla alguna ha caracterizado y resumido en su desarrollo las más íntimas y propias cualidades de dos pueblos: el poderoso y por fuerte confiado y negligente; y

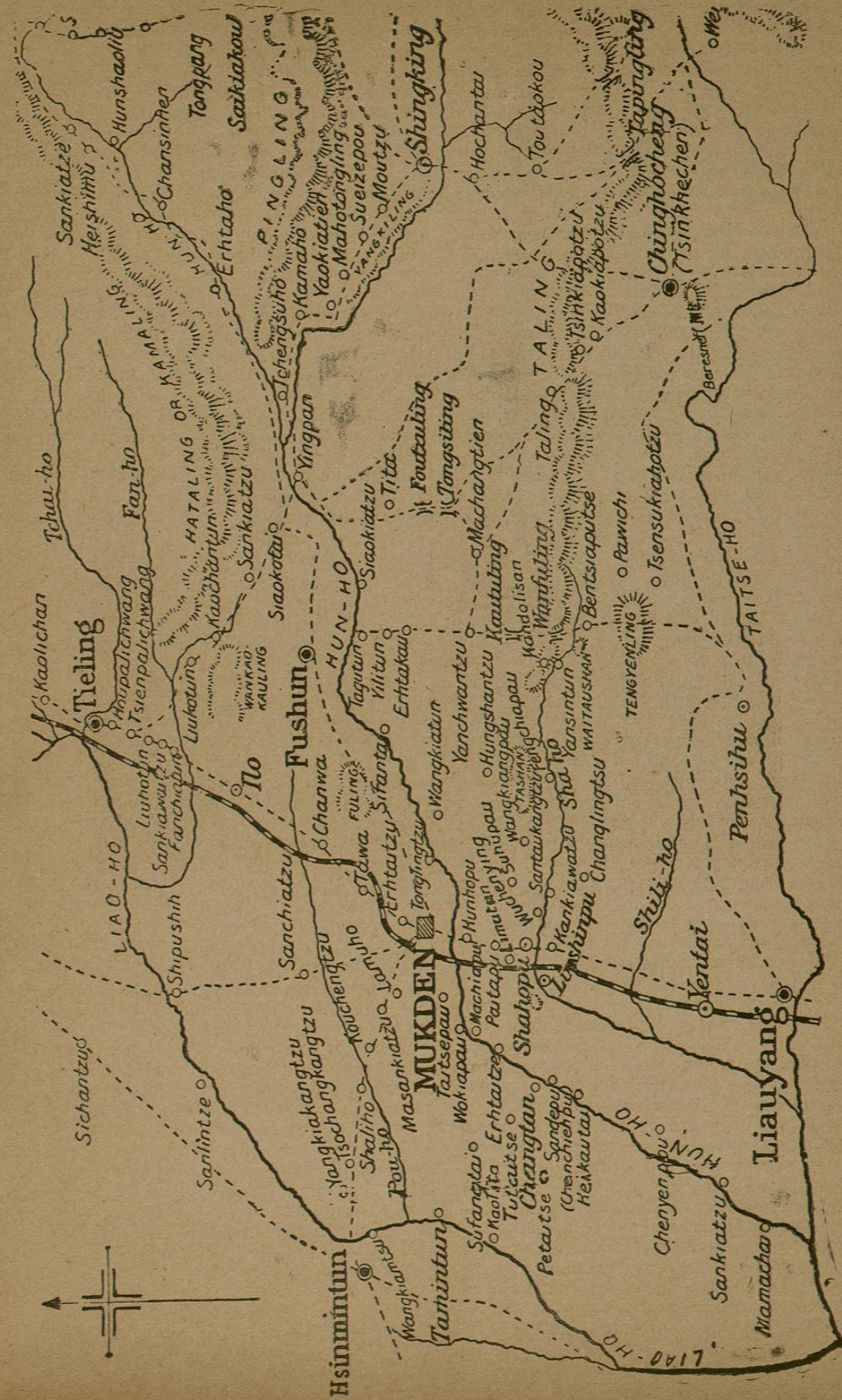
el débil, obligado à una vigilancia continua, siempre en acecho, y uniendo en apretado haz los esfuerzos individuales para encaminarlos à un fin colectivo.

Cualquiera que sea el desenlace de la guerra, la batalla de Mukden consagra la aparición de un ejército de primer orden, al que solo le falta para competir con los que más han brillado en la historia, la prontitud de percepción y la rápida ojeada militar de sus caudillos. Creemos que ninguno de los generales japoneses posee esas sobresalientes cualidades, sin que eso sea restarles méritos, antes al contrario, porque han supli-

do con la perseverancia, la voluntad y el estudio, lo que por sí mismas alcanzan las inteligencias superiores. La segunda parte de la guerra permitirá emitir una opinión fundada y segura sobre este punto.

El general Kuropatkin.—Deprimido por unos y ensalzado por otros; objeto de críticas acerbas, cuando no de mofas y burlas, y de elogios apasionados y entusiastas; el general Kuropatkin ha cesado en el mando supremo del ejército ruso de mar y tierra en el Extremo Oriente, reemplazándole el general Lienevitch, comandante hasta ahora del I ejército.

Organizador insuperable; hombre laborioso, ilustrado, austero, justo y prudente, y amado como pocos generales; previsor por temperamento, por educación y por convencimiento; conocedor profundo de las cosas



Plano del campo de batalla de Mukden

de la guerra, y conocedor también del pueblo chino y del pueblo japonés; reflexivo, bravo, sereno en las circunstancias más críticas, y conservando el dominio de sí mismo aun en los momentos en que la suerte decide del destino de muchos millares de hombres; ¿qué le faltaba al general Kuropatkin para que su nombre fuera inscrito en el libro que guarda los de los grandes capitanes, á quienes la gloria ha hecho inmortales?

Tres cualidades, cuando están equilibradas y se poseen en grado eminente, concurren á formar el verdadero hombre de guerra: el talento, la voluntad y el corazón.

Predomina en Kuropatkin sobre todas las demás el talento, y aunque el corazón está en su justa medida, la voluntad ha quedado preterida. Y en un general en jefe este desequilibrio es funestísimo, porque en la guerra hay que prever, hay que estudiar, hay que organizar, pero siempre y antes que todo hay que obrar. No es el hombre de consejo el que conviene á la cabeza de un ejército, sino el resuelto. Por eso Kuropatkin es un jefe de Estado Mayor general como pocos ó acaso ninguno hay en Europa, pero no es un general en jefe.

Durante la primera campaña, el general Kuropatkin prestó servicios inapreciables á su país. Un ejército desorganizado, disperso y torpe, abandonado á la venalidad de indignos funcionarios, lo transformó en un ejército potente y sólido; y este hecho, capaz por sí solo de honrar á quien lo llevó á cabo, alcanza caracteres extraordinarios si se tiene en cuenta que se cumplió combatiendo al enemigo, en un país hostil, y á 2,000 leguas de la patria.

Mientras la misión del generalísimo se contrajo á esta labor, nada pudo reprochársele, y la historia de la retirada que comenzó en el Yalú y terminó en el Sha, es una página admirable á la que más adelante se hará completa justicia. En esta fase de la guerra, era la previsión, el orden, el método, el talento, en una palabra, lo que precisaba, porque no había llegado el momento de obrar, y por eso Kuropatkin se mostró á una altura envidiable.

Pero así que el ejército ruso quedó definitivamente constituido y en disposición de recabar para sí la iniciativa que hasta entonces había ejercitado el adversario, comenzó á descubrirse la tibieza de ánimo, la irresolución de Kuropatkin, defecto propio de aquellas personas en quienes el entendimiento prepondera excesivamente sobre las demás facultades. La batalla de San-de-pu fué una revelación que presagiaba días muy tristes para Rusia; porque no solo faltó voluntad en el generalísimo durante los cinco días de lucha, sino que careció de energía frente á la destemplada pero viril entereza de Gripenberg.

¿Quién sabe lo que habria acontecido si

esos dos generales hubieran tenido trocado sus papeles! y aunque fuera humillante para el ex-generalísimo, su acendrado y ardiente patriotismo no le haria mostrarse refractario á una combinación de esta clase que tal vez se imponga más adelante.

Sin perjuicio de rectificarla si datos suplementarios así lo aconsejan, no vacilamos en emitir la opinión de que la responsabilidad de la derrota de Mukden recae principal, sino exclusivamente, sobre el general Kuropatkin; pero aun así, es de lamentar que el Czar se haya apresurado á admitir la dimisión de aquel, substituyéndolo por Leinevitch. El general Kuropatkin debió continuar dirigiendo la retirada, y no ser relevado frente al enemigo y cuando no cabia otra solución que continuar retrocediendo. Ni se acredita así ni se pone en buenas condiciones el comienzo del mandodel nuevo general en jefe, ni es propio de pueblos que tienen la conciencia de su fuerza y miran con tranquilidad el porvenir, el tomar resoluciones tan trascendentales en circunstancias tan graves como las que han mediado en esta ocasión.

¡Triste sino el del vencido! Sobre Kuropatkin se desatan las crueles censuras de los críticos, y su nombre es el blanco en que convergen las iras anti-rusas. Muy pocos son los que, más justos, pesan y miden los hechos que han tenido lugar en la época de mando de aquel general; los que comparan las dificultades invencibles, nacidas de la distancia, con que Rusia tropieza, y las facilidades del Japón; los que recuerdan las faltas, errores y desaciertos que tuvo que enmendar el ex-ministro de la Guerra á su llegada á la Mandchuria; los que no olvidan que la labor de un solo hombre sacó al ejército ruso del Extremo Oriente del vergonzoso estado en que se hallaba.

A las batallas pasadas, otras seguirán, y la resonancia de los sucesos que se avecinan es probable que deje obscurecida la de los ya transcurridos. Cuando suene el último cañonazo de esta guerra y la paz sea llegada; cuando se sucedan los generales, y la veleidosa fortuna tienda el vuelo y dé por terminada su misión en la Mandchuria, la figura de Kuropatkin no alcanzará el relieve de los grandes caudillos, pero tampoco quedará empequeñecida al de un general adocenado é inepto. Si Oyama ha tenido que luchar con los rusos, su adversario ha tenido que habérselas con los japoneses, con los chinos, con una jamás igualada, por lo larga y endeble, línea de comunicaciones, y, lo que es peor, con las pasiones, las rencillas, las envidias, los celos y la incompetencia de muchos de sus compatriotas.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

18 Marzo, 1905

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Batalla de Mukden, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.—La retirada del ejército ruso, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Una opinión alemana sobre la batalla de Mukden.—La marina de guerra de las principales potencias, por J. B. y L.—Una orden del día, del general Oku.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



General Michtchenko, durante la batalla de San-de-pu

BATALLA DE MUKDEN (1)

(22 de Febrero al 12 de Marzo)

El movimiento ofensivo realizado por el general Gripenberg, del 25 al 30 de Enero, demostró la presencia de tropas japonesas á retaguardia de la extrema izquierda del ejército de Oku, hasta el punto de que la columna rusa de la derecha, la más avanzada al S., en lugar de coger completamente de revés la línea enemiga, tuvo que resistir las acometidas que dirigieron contra su flanco menos protegido algunas fracciones enemigas concentradas al NO. de Liao-Yang, no lejos del Tai-tse.

No concedieron los rusos la debida im-

(1) Véase el plano publicado en el cuaderno anterior.

portancia á este hecho, precursor de los sangrientos y decisivos sucesos de Mukden, pero cuya revelación hubiera justificado, á los ojos de un general más perpicaz ó menos confiado, los sacrificios impuestos por la batalla de San-de-pu. En aquellos lugares, en efecto, se reunían las tropas que á las órdenes de Nogi acababan de llevar á feliz término el asedio de Port-Arthur, y de allí partieron un mes más tarde para caer con fuerza incontrastable contra el desprevenido flanco derecho de los rusos.

Tres brigadas de infantería, con la artillería correspondiente y alguna caballería, sacados del ejército de ocupación de Corea, comenzaron por aquellos días á concentrarse en el alto Tai-tse, en el camino que por Ta-ping-ling va á Shing-king, 50 kilómetros al E. de Pen-si-hu, á la vez que la